

José Antonio
Vázquez Taín

EL MAR SIN FONDO



JOSÉ ANTONIO VÁZQUEZ TAÍN

EL MAR SIN FONDO



ESPASA © NARRATIVA

© José Antonio Vázquez Taín, 2016
© Espasa Libros S. L. U., 2016

Diseño de la cubierta:
Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta
Imagen de la cubierta: © Masgráfica

Depósito legal: B. 544-2016
ISBN: 978-84-670-4602-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Huertas, S. A.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Capítulo 1

Desde el borde de la acera, María miró al fondo de la calle esperando ver aparecer la silueta del autobús escolar, pero ningún vehículo sobresalía por encima de la hilera de coches. Una sonrisilla ahogada llamó su atención y, al girarse, descubrió unos inmensos ojos negros vigilándola desde detrás de la marquesina. Fingió no verlos y, reprimiendo la sonrisa, simuló un gesto de preocupación al tiempo que con voz impostada aparentaba gritar...

—¿Dónde está mi niña? ¡He perdido a mi niña...!

La pequeña salió corriendo hacia ella con pasitos torpes y María se aprestó a recogerla agachándose ligeramente. La alzó del suelo girándola en el aire al tiempo que la estrujaba contra su pecho, sintiendo cómo los bracitos de la niña intentaban bordearle el cuello. La cogió como si fuera un bebé y tras besarla, disfrutó contemplando su sonriente carita regordeta, al tiempo que pensaba: «¡Qué suerte que haya salido tan fea como su padre, así al menos tendrá alguna oportunidad de que no la traten como si fuera un simple pedazo de carne!».

Los frenos de un autocar llamaron su atención y, tras girarse para comprobar que era el que esperaba, dejó a la hija en el suelo para que corriera hacia la hilera de chiquillos que se formaban delante de la puerta. Necesitaba quedarse a solas cuanto antes, llegar temprano al trabajo y ordenar su mente. Aguardó impaciente, mientras saludaba con la mano, a que la cría ya no pudiera verla y apresuró el paso hacia la oficina.

Por el camino se buscaba en los escaparates como si necesitara decirse algo con la mirada, y los vidrios le devolvían el reflejo

de su silueta esbelta, sus cabellos claros y, sobre todo, sus enigmáticos ojos verdes. Estaba segura de que esos ojos, dulces e intensos a la vez, eran la causa de sus desgracias, pues los hombres la habían deseado mucho antes de que tuviese formas que pudiesen atraerlos. De hecho, no podía recordar la primera vez que alguien la había tocado, solo tenía grabado el momento en que descubrió que aquellas caricias no eran de cariño.

Por fin, rodeada de compañeros, en el incómodo silencio del ascensor, pudo hablarse con calma al espejo: «Sé tú misma, sabes que no quieres ir, con llamarlo y decírselo ya está, no te hará perder el trabajo por ello». «Si no quieres ir, ¿para qué te has vestido así?, parece que vayas a un cóctel; y además, con lo que está cayendo, es una locura arriesgar el sueldo». Mientras su ordenador arrancaba, decidió concederse una tregua de dos horas, concentrarse en su trabajo y olvidarse de la cita. A la hora del café tomaría una decisión...

Un elegante Audi oscuro trepaba por la *corredoir*a que llevaba al pazo. Por su trayectoria milimétrica y su alta velocidad para lo estrecho del camino, parecía que circulase por un raíl, pero es que su conductor había efectuado el mismo recorrido día tras día durante años, aunque ahora llevase meses sin volver por el lugar. Aminoró la velocidad al alcanzar el alto muro que rodeaba la propiedad y divisar ante el portón una silueta menuda. Detenido el vehículo, el chófer bajó presuroso y con movimientos mecánicamente aprendidos abrió la puerta trasera.

—Buenos días, señor presidente.

—No me llames presidente, Álvaro, yo ya no mando nada.

—Para mí usted siempre será «señor presidente», don Fernando. ¿Quiere que le coja el maletín?

—No hace falta, ya lo llevo yo. —Una vez acomodados continuó—: Durante el acto lo dejaré en el coche, pues luego tienes que acercarme un momento al centro.

—Todo el día, si hace falta. Me ha dicho el presi que disponga usted del coche y de mí como si fueran suyos. Tiene ahí la prensa y su agua de siempre.

Fernando miró el móvil y rebuscó en la pantalla, entre los mensajes, alguno de ella, pero no había nada. Le asaltó un hormigueo de impaciencia en el vientre y trató de calmarse bebiendo un trago de agua. Se limitó a un sorbo, para evitar que durante el acto le asaltasen las ganas de ir al baño. Intentó distraerse ojeando la prensa, pero ya la había leído en la tableta durante las horas de desvelo que el encuentro le había causado, así que las noticias le supieron a sobado. Tiró los diarios y, sosteniendo el teléfono en la mano, por si una vibración le anunciaba el mensaje ansiado, se entretuvo contemplando los colores del otoño. Si el mensaje no llegaba antes de que empezase el encuentro, los discursos se le iban a hacer interminables. Necesitaba verla, hacía tanto tiempo...

Era incapaz de recordar quién le había pedido el favor de que la colocase como funcionaria. Ni siquiera se acordaba de en qué organismo la enchufó. Por el contrario, no podía olvidar el día que, al cruzarse en un pasillo, ella le asaltó y estrechándole la mano le dijo simplemente «gracias», con una sonrisa asustada. Desapareció sin darle tiempo a reaccionar, pero aquellos ojos se habían grabado en su mente para siempre. Ahora mismo podía verlos perfectamente con solo cerrar los párpados, o sin cerrarlos, en el cristal de la ventanilla, en las hojas de los robles o donde quisiera que mirase. Tras aquel fugaz encuentro, vagó durante días por los despachos tratando de encontrarla, recorrió cientos de veces el mismo pasillo con la esperanza de cruzarse con ella, hasta que por fin se volvieron a ver...

María se distrajo del ordenador recordando cómo Fernando se le había acercado muy amable al poco de entrar a trabajar en su primer destino. Con elegancia, le reprochó que se hubiese marchado tan precipitadamente tras su primer encuentro, pues no le había podido preguntar siquiera si estaba o no contenta con el trabajo. Sonrió rememorando su ingenuidad, pues por un momento llegó a creer que el presidente hacía eso con todos los nuevos funcionarios. Ya durante esa primera conversación reconoció las tan familiares intenciones de siempre, pero al menos

esta vez estaban envueltas en cortesía. Y se dejó hacer. A los pocos días había cambiado de despacho.

Eran las once de la mañana. Tenía que tomar una decisión ya. Pensó qué podría decir; qué excusa pondría a cada uno. Cuál sonaba más creíble. Cuál de los dos haría menos preguntas. Dejó las reflexiones existenciales para otro momento y simplificó su debate interno. ¿A cuál de los dos podría enfrentarse? Descolgó el teléfono y marcó.

—¿Luis? ¡Hola, cariño! Verás... No podré ir a comer a casa. Las chicas están organizando una comida para hablar no sé qué tema del reparto de tareas con la nueva campaña... Claro que es importante, imagínate que me asignan algún cometido por la tarde y no puedo adaptarme a la guardería de la niña... No sé..., todavía no han decidido dónde... Tenéis filetes empanados en la nevera, solo tienes que ponerlos en la freidora... Sí, una suerte, ya sé lo mucho que te gustan. No abuses de la mostaza que luego tienes ardor de estómago. Un beso, tengo que dejarte.

Desde el momento mismo en que compró la carne, cortada en filetes finos, estaba claro que acudiría a la cita.

Con María había empezado como con todas las demás. Con la excusa de una vacante temporal, las colocaba en el gabinete deslumbrándolas con el fulgor del poder en esencia pura. Seguían siendo simples auxiliares administrativas, pero en contacto directo con el gobierno. El único ritual de seducción que desplegaba era hacerles sentir que el café que preparaban, el correo que enviaban, la llamada que atendían habían sido claves para la firma de un convenio, para la aprobación de un decreto..., y se arrojaban a sus brazos. Después de saboreado el trofeo, o a la más mínima reticencia de la elegida, simplemente había que lamentar que la vacante no se pudiese consolidar y las devolvía al anonimato de la vulgar maquinaria burocrática de atención al ciudadano.

Pero María le rompió los esquemas enseguida. Ni le interesó el cargo ni le atrajo el mando. En pocos días le había desenmas-

carado el juego y parecía simplemente seguirle la corriente con una fatalidad resignada. Le dejó claro que no le negaría nada, pero tendría que cogerlo pues no iba a dárselo. Mientras las demás se engañaban creyéndose princesas, María era consciente de ser nada más que un cuerpo en un puesto prestado. Los hombres temen aquello que no pueden manejar, así que estaba a punto de producirse la amortización de la plaza de secretaria accidental cuando ocurrió lo imprevisto. Dos conversaciones casuales y se encontraron hablando de sí mismos, de sus temores, de sus frustraciones. Solo somos sinceros con aquellas personas de las que no esperamos nada y ellos parecían estar despidiéndose para siempre. Así surgió la amistad. Claro que hubo encuentros, pero eran algo diferente. Estaba seguro de que eran algo diferente.

Tras su vuelta definitiva de Madrid, necesitó meses para atreverse a llamarla. Necesitaba verla y estar con ella, pero no podía soportar un rechazo, temía una reacción fría y distante. Y ahora él ya no era nadie. Se sentía desnudo, desangelado. Viejo y mortal.

Miró el teléfono. Estaban llegando. Pronto tendría que guardarlo en el bolsillo y sufrir la incertidumbre. Pero entonces vibró. «Estaré allí». La angustia desapareció dejando paso a una sensación de euforia. Había rejuvenecido años en un solo segundo.

María entró en el aseo. Cerró la puerta y, tras dejar el bolso sobre la encimera, apoyó con firmeza las dos manos sobre la piletta, respiró hondo y se miró nuevamente en el espejo. «Ya has decidido ir, así que no le des más vueltas, no te tortures». «Deja que sea lo que sea». «Ya se verá». Revisó el pequeño bolsillo interior de su monedero y palpó la llave. Había pasado tanto tiempo. Necesitaba cerciorarse de que aún seguía allí. Si salía ahora, podría entrar sin prisas, asegurándose de que nadie la veía, y disponer de tiempo suficiente para darse una ducha antes de que él llegase. Salió del baño y abandonó la oficina apresuradamente sin despedirse de nadie.

Estaba en el baño cuando sintió la puerta. Era él. Todavía no estaba preparada para enfrentarse a la situación. Así que abrió la ducha para ganar tiempo, pese a que ya se había vestido, y cerró la puerta con sigilo. Los segundos se hicieron eternos y apenas tenía más recurso que respirar hondo y darse ánimos desde el fondo de su reflejo. Cuando creyó que se le acababa el tiempo, un timbre le concedió unos minutos preciosos. Era el *catering*. Debía aguardar sin que la vieran a que colocasen los recipientes isotérmicos en la mesa que había dejado puesta y se fuesen. Cuando oyó la puerta de nuevo salió.

—Temí que no vinieses. —Los ojos de él reflejaban la inseguridad que sentía.

—Me costó mucho decidirme, Fernando. Dudé hasta el último momento. —Dos besos formales y una sonrisa todo lo amable que pudo fue el reencuentro—. Será mejor que comamos antes de que se enfríe.

—No estabas obligada a nada. —Le acercó la silla para que se sentase—. Sabes que no me debes nada, María.

—No me vengas con tonterías a estas alturas. Nunca estuve obligada a nada. Solo que no sé qué hacemos aquí. Ninguno de los dos. Creía que era mejor dejar el pasado en el pasado.

—¿No podemos hablar como dos viejos amigos?

—¿Amigos? Nunca fuimos más que dos extraños que se ofrecían un refugio cuando el mundo nos asfixiaba. Precisamente por eso funcionaba. Porque era un pequeño escondite en el que desaparecer de nuestra realidad. Pero no era la realidad. Y tú lo sabes.

—En aquel momento no podía ser real, pero hoy no lo sabemos. Ahora somos dos personas normales, iba a decir dos ciudadanos, pero parecería que te está hablando el político. Somos dos seres que podemos decidir libremente. Quizás ahora tengamos una posibilidad.

—Es demasiado tarde. Y no lo digo por ti, no te ofendas. Lo digo por mí. Me he encontrado en la tranquilidad de la monotonía, en la sencillez de una vida vulgar pero sincera. Si lo prefieres, puedes pensar que me he resignado. Pero con esto siento que estoy estropeando lo poco que tengo.

—No he venido a estropear nada, María. Pero para mí no fue una simple aventura. Eres alguien a quien aprecio de verdad. No fue solo sexo. Necesitaba ver a la persona y hablar con ella.

—Por eso he venido, Fernando. Cada vez que me decía que no debía venir, pensaba: «Si no vas, reconoces que solo había sexo, que fue algo malo de lo que te avergüenzas». He venido desde la convicción de que también hubo amistad, y al mismo tiempo, con el temor de destrozar el recuerdo. Tú eres el espejo que convierte el pasado en problema.

—No temas, María. No creo que una comida tranquila pueda destruir nada. Necesitaba verte y saber qué tal estás, nada más.

—Yo también necesitaba verte, Fernando, y saber que estabas bien. Pero como dos ciudadanos normales si quieres decirlo así, suene como suene, por la calle o tomando un café en cualquier terraza. No quería que nos encontráramos a escondidas como dos amantes. Me haces sentir sucia.

—Perdona, quizás me he equivocado trayéndote aquí, pero no lo hice con mala intención. Si quieres...

—Deja, anda... No es culpa tuya. Cuéntame, a qué te dedicas ahora.

—Trabajo de florero de lujo en actos públicos carentes de sentido.

La hermosa sonrisa de María iluminó la mesa con su luz esmeralda y durante un buen rato no existió más mundo que aquella sala. Comentaron el pasado, el presente o el futuro, como escenas de una película que acabasen de ver, algo ajeno del que poder reírse con libertad.

—Perdóname, Fernando. Al principio estaba nerviosa y quizás fui algo desagradable. Pero, como siempre, sabes llevarme con calma. La comida ha sido magnífica. ¿Te apetece una copa? Yo ahora me tomaría un *gin-tonic* digestivo.

—Supongo que todo estará donde siempre. ¿Me preparas otra mientras voy al baño?

María recogió los platos y los dejó sobre la encimera de la cocina. Ya los fregarían. Sacó dos copas de balón y con ritual aprendido, tras enfriarlas y renovar el hielo, frotó el borde con limón, añadió cardamomo y laurel y escanció un pequeño cho-

rro de Nordest en cada una. Había acertado en la actitud. Para qué torturarse con remordimientos o reproches. Había disfrutado de la comida y en poco tiempo todo habría acabado. Antes de que pudiera darse cuenta, estaría de nuevo en su casa, con su familia, y todo esto, incluido Fernando, no sería más que pasado. Lejano y definitivo pasado.

Fernando cerró la puerta y miró el reloj. Debía apresurarse si quería que hiciera efecto. Con prisa rebuscó entre sus bolsillos y extrajo de un envoltorio de papel la pastilla azul. Visto el cariz que estaban tomando las cosas, podría necesitarla. La lanzó a la boca y abriendo el grifo, trató de tragarla llevándose un sorbo de agua a los labios con la mano. Pero el líquido tropezó con su glotis y resbaló por su mandíbula. «No la recordaba tan difícil de tragar», pensó. Así que llenó un vaso y en postura más erguida, echando la cabeza atrás, lo intentó de nuevo. El intenso dolor de la pastilla lacerando la garganta le hizo soltar el cristal, que cayó al suelo. Intentó toser, pero no podía ni respirar. Se vio en el espejo, cogestionado, ridículo, la imagen de un ser inútil, incapaz de hacer nada por salvar su vida. Trató de girarse para alcanzar la puerta, pero su mano apenas rozó el pomo al tiempo que caía.